

I. El alucinado sol de Villa

Salieron del barrio muy temprano, caminaron alegres y emocionados hasta la Vía Expresa, se detuvieron sobre el puente de la avenida México y escupieron calculando el parabrisas de un Ícarus que pasaba rumbo al centro. Álvaro enroscó la toalla y le lanzó un chicotazo en la piana a Bruno. «¡Ayayay, ayayay, ayayayay!», gritó sobándose como loco. Eduardo dio un salto hacia atrás y enroscó la toalla a la defensiva.

—¡Ahí viene!

Bajaron corriendo las escaleras. Un enorme Ícarus amarillo bufó y se detuvo junto a ellos.

—¿Estás seguro de que este es? —preguntó Bruno antes de subir.

—Este es —afirmó Álvaro.

—Sube nomás, Mono maricón —sentenció Eduardo y subieron.

Amigos de toda la vida, eso eran, amigos del barrio y amigos del colegio; inseparables. «¡Los tres, pa' qué más!», decía siempre Álvaro Blanco, cuyo físico quedaba claro con su apodo: *El Gringo*. Hijo único de madre soltera, guapa y misteriosa que, como él bien lo había dicho, trabajaba por las noches en un hotel de Miraflores y nunca más se habló del asunto. Álvaro pasaba la mayor parte

del tiempo en la calle. No le gustaba quedarse solo en el pequeño departamento de la esquina de Los Brillantes y Los Rubíes. No era para nada un niño mimado; era más bien arisco, rebelde, atrevido y de ojos celestes. «Quesito de Cajamarca», le decía Bruno Azabache, moreno orejón, espigado, de amplias ojeras y nariz chatísima. Su apodo no podía ser otro que *El Mono*. Bonachón y de inteligencia siempre cuestionada, Bruno vivía con su papá, su mamá, sus tres hermanos, sus dos hermanas, sus dos cuñadas, sus dos sobrinos y la abuela paterna, en el número cinco de la segunda quinta de Los Brillantes. En una oportunidad en plena misa, en la capilla del colegio, le tocó hacer una petición, y él, muy suelto de huesos, pidió por todos los marcianos de la Tierra. Así era Bruno Azabache, buena gente y repleto de lapsus increíbles. El tercero del grupo, Eduardo Torna, *El Cholo*, era también hijo único, pero a diferencia de Álvaro, sus padres estaban casados y felices. Su papá tenía carro y su mamá se había encargado de que su casa, por dentro, fuera de las más bonitas del barrio. Se podría decir que el liderazgo del grupo estaba democráticamente compartido entre Álvaro y Eduardo. Lo que el primero tenía en osadía y temeridad, el segundo lo tenía en inteligencia y nobleza. Además, claro, del respeto que se tenían, siempre evitando cualquier enfrentamiento que pudiera poner en tela de juicio la capacidad del otro. Y, Bruno, siempre tomando partido de acuerdo con las circunstancias. Amigos de toda la vida, eso eran, amigos del colegio, pero antes que eso, amigos del barrio.

El Ícarus articulado se deslizaba a toda velocidad entre los paredones de concreto del Zanjón. El sol se asomaba insinuando un estupendo día, golpeaba discreto las lunas de los edificios grandes y brillantes que había entre Javier Prado y Aramburú.

—Has visto qué buen sol —comentó Eduardo.

—Sí —los ojos celestes de Álvaro brillaron—, va a estar pajola.

Bruno no los escuchaba. Miraba la calle, emocionado y absorto. Un gran día de playa los esperaba al bajar del Ícarus. En sus casas los tres habían dicho que se iban a Agua Dulce, pero habían mentido; era la única forma de obtener permiso.

A Eduardo se le había ocurrido el lunes, en plena clase de Matemática, mientras intentaba resolver una complicada expresión algebraica, un clásico sábado en Agua Dulce. El sol de los primeros días de diciembre, filtrándose por las ventanas, provocaba. Se pasó el resto de la hora imaginándose lo bien que la pasarían, casi podía verse con los amigos caminando por la Bajada de los Baños: el puente de madera, los árboles enormes y viejos entrelazando los dedos sobre sus cabezas; Bruno hablando tonterías y Álvaro saltando sobre las bancas o caminando parado de manos como un loco.

A la hora de recreo se juntaron en el patio, y Eduardo aprovechó la resolana para soltar la idea. Bruno se emocionó al toque, en cambio, Álvaro, todo serio:

—Agua Dulce ya fue. Vamos a otra playa, a Villa, por ejemplo. ¿Conocen Villa?

—No.

—Yo, sí. Vamos a Villa.

—Pero esa playa está lejazos.

—Por eso mismo.

—Pero tenemos que regresar a las cinco para el desfile.

—Pucha, verdad —comentó Eduardo—, mejor vamos a Agua Dulce.

—El tiempo alcanza como las huevas —dijo Álvaro, escupió hacia un costado y concluyó—: Yo creo que tienen miedo.

El Ícarus ya salía de Barranco. Algunas personas habían subido: un borracho, una viejita cargando dos bolsas enormes con destreza, tres muchachas alegres, un vendedor de caramelos y un hombre con un costal de plástico que goteaba y derramaba un feo olor a pescado.

A partir del Bulevar de Barranco, todo se hizo nuevo. Quedaron atrapados por el espectáculo de las calles. Sintieron que estaban en otro lugar, en otra ciudad, en un pueblo lejano, fuera de Lima. Los ojos encendidos capturaban las imágenes a través de las ventanas. Cada casa, cada letrero, cada tienda con su chino, cada parque, nunca antes habían existido. Sus mundos empezaron a crecer desmesuradamente a la velocidad del Ícarus. Al principio, los corazones se agitaban aventureros, emocionados y con un poquito de miedo haciendo cosquillas en el estómago. Pero fue cuando dejaron de ver edificios; cuando cada vez eran más los pampones y las chacras que las casas; cuando, por momentos, las calles eran de tierra y el Ícarus se bamboleaba, que Bruno reparó en la distancia, demasiada para su corazón de trece años; mucha gente había subido y bajado del Ícarus articulado; muchas cuadras laberínticas y desconocidas lo separaban de su casa.

—Gringo.

—Habla.

—¿Estás seguro de que este es?

—Claro.

—Qué pasa, ¿estás asustado?

—¡No, quién dice!

—Relájate, Monicaco, no seas mariquita, solo vamos a la playa.

—¡May!

Volvieron a las ventanas. Las sillas se hicieron duras e incómodas. Cambiaron una y otra vez de posición. A Eduardo se le durmió una pierna.

—Ya debemos estar cerca —dijo el Gringo.

—Ya ves. Este pavo no conoce nada.

—Mentira —Álvaro se levantó, enroscó la toalla en el cuello y se acercó al chofer colgándose de los pasamanos.

Eduardo pensó por un momento que Bruno podía tener razón, que existía la posibilidad de que se hubiese equivocado y, ahí sí, las cosas se pondrían fregadas, porque estaban con el pasaje justo. Álvaro consultó con el chofer, este movió la cabeza en señal de afirmación y respiraron aliviados al mismo tiempo que el Ícarus se detenía.

Bajaron y la brisa llenó sus pulmones. El olor a mar los hizo sentir más seguros que nunca y, mientras caminaban con dirección oeste, se dieron cuenta de que las pistas habían vuelto a ser asfaltadas, y que las casas eran grandes y muy bonitas: larguísimos muros blancos, enormes portones de madera, palmeras, ventanales fabulosos, enredaderas en flor. El sol estaba en su punto.

—¡Ahí está! —gritó Álvaro y corrió.

Eduardo y Bruno se lanzaron tras él a través de un estrecho pasaje. Sus pies dejaron el asfalto y se hundieron en la arena. Corrieron, gritaron, saltaron. Por fin habían llegado y, a simple vista, esa playa era mil veces mejor que Agua Dulce. Tan grande, tan vacía, tan nueva. Solo para ellos. Se detuvieron en medio de la franja de arena y se abrazaron. De pronto ¡BRRRUUUUMMM! Se escuchó un estruendo poderoso y la arena tembló bajo sus pies. Se quedaron inmóviles. Bruno estaba con cara de *¡Terremoto, mamá!* Pero él nunca se ponía ni blanco ni verde ni rojo, el ébano de su pellejo nunca variaba. A Álvaro, las mejillas se le llenaron de sangre.

—¿Qué fue eso?